

hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba, las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba á los que le miraban, y con su gravedad los componía. Cojeaba un poco de la una pierna, pero sin fealdad, y de manera que con la moderación que él guardaba en el andar, no se echaba de ver. Tenía los pies llenos de callos y muy ásperos, de haberlos traído tanto tiempo descalzos y hecho tantos caminos. La una pierna le quedó siempre tan flaca de la herida que contamos al principio, y tan sensible, que por ligeramenta que la tocasen, siempre sentía dolor, por lo cual es más de maravillar que haya podido andar tantas y tan largas jornadas á pié. Al principio fué de grandes fuerzas y de muy entera salud, mas gastóse con los ayunos y excesivas penitencias, de donde vino á padecer muchas enfermedades y gravísimos dolores de estómago, causados de la grande abstinencia que hizo á los principios, y de lo poco que después comió, porque era de poquísimo comer, y esto que comía era de cosas muy comunes y groseras; y sufría tanto la hambre, que á veces por tres días, y alguna vez por una semana entera, no gustó ni aun un bocado de pan ni una gota de agua. Había perdido de tal manera el sentido del manjar, que casi ningún gusto le daba lo que comía. Y así, excelentes médicos que le conocieron,

afirmaban que no era posible que hubiese vivido tanto tiempo sin virtud más que natural un cuerpo tan gastado y consumido. Su vestido fué siempre pobre y sin curiosidad, mas limpio y aseado, porque aunque amaba la pobreza, nunca le agradó la poca limpieza; lo cual también se cuenta de los santísimos varones san Nicolás y san Bernardo, en sus historias.

Y porque tratamos aquí de la disposición de Ignacio, quiero avisar que no tenemos ningún retrato suyo sacado tan al propio, que en todo le parezca, porque aunque se deseó mucho retratarle mientras que él vivió, para consuelo de todos sus hijos, pero nunca nadie se atrevió á hablar dello delante dél, porque se enojára mucho. Los retratos que andan suyos son sacados después dél muerto.

En la segunda edición y siguientes se añade: «Entre los cuales, el que está más acertado y propio es el que Alonso Sanchez, retratador excelente del Rey Católico don Filipe el Segundo, sacó en Madrid, el año de mil y quinientos y ochenta y cinco, estando yo presente, y supliendo lo que el retrato muerto (1), del cual él le sacaba, no podía decir, para que saliese como se deseaba.»

(1) En la segunda edición se puso un retrato de san Ignacio, grabado, el cual, aunque de escaso mérito, no deja de ser bastante parecido á la mascarilla que se sacó después de muerto, y se conserva en Roma, en la habitación misma donde vivió y murió aque-
santo y célebre varón.

INTRODUCCION

AL LIBRO DE LA VIDA

DEL PADRE DIEGO LAINEZ.

A la *Vida de San Ignacio*, primero y principal escrito del padre RIVADENEIRA, sigue en orden, antigüedad y correlación la del célebre padre *Diego Lainez*, segundo general de la Compañía, y sucesor de aquel en su espíritu y en el gobierno. La biografía de Lainez es la continuación de la historia de aquel célebre instituto, en el siglo primero de su existencia. Este es el primer concepto y principal punto de vista en que debemos considerar este precioso é interesante trabajo. Su *Vida* es la continuación de la *Vida de San Ignacio*.

Bajo el aspecto literario, Lainez es una de las figuras más importantes que nos presentan las historias eclesiástica y literaria de España en el siglo xvi, durante el cual nuestra patria tuvo tantos y tantos hombres eminentes. El segundo general de la Compañía figura entre ellos en primer término, y brilla sobre todo en aquella célebre asamblea católica celebrada en Trento, que figura también como uno de los sucesos más importantes y trascendentales de aquel siglo, abundante en hechos grandes, como en grandes hombres.

No solamente como teólogo, sino también como hombre de gobierno, Lainez fué respetado en Trento, y tuvo allí la importancia que describe RIVADENEIRA, aunque con la parsimonia que él acostumbra en las cosas de su instituto, más propenso á callarlas que á narrarlas de un modo exagerado. La tradición ha conservado hasta nuestros días la anecdota, verdadera ó incierta, de haberse suspendido algún día una discusión importante, á causa de no estar presente á ella Lainez, postrado en cama por una enfermedad: *Hodie sessio suspendatur quoniam Lainez infirmatur*. Y con todo, la biografía de tan célebre y eminente personaje no es bastante conocida en España, ni goza Lainez de la reputación é importancia que por muchos títulos merece. Allí, en el enorme tomo en folio de las obras de RIVADENEIRA, colocado entre san Ignacio y san Francisco de Borja, apenas llama la atención. Bajo este segundo concepto, la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES presta un nuevo servicio á la literatura española, reimprimiéndola, poniéndola en manos de todos, y dando á conocer á los literatos españoles la persona de Lainez, conocido sí por su mucha nombradía, pero no tanto como se merece por sus esclarecidos hechos.

Y en verdad que el libro lo merece también por la soltura y gallardía con que está escrito, que no desmerece de la *Vida de San Ignacio*, si es que no la supera.

¡Ojalá pudieran caber en este volumen las biografías de Salmeron y san Francisco de Borja! La del primero completa la biografía de Lainez, de quien fué amigo y compañero, y á quien estuvo asociado en el concilio de Trento. La del segundo completa la historia de la Compañía en el siglo xvi, en el período clásico de ella, durante aquel tiempo en que estuvo dirigida por españoles, y mientras vivieron los que san Ignacio había formado con su palabra y con su ejemplo, y dirigieron el instituto estrictamente al tenor de sus instrucciones, no solamente escritas, sino orales, y por ellos mismos escuchadas.

Rómese en gran parte esta tradición á la muerte de san Francisco de Borja; cesa entónces el elemento español de dirigir, y aun de influir, en la dirección de la Compañía; ábrese para ésta un nuevo período, también brillante; objeto de continuos ataques, aunque no siempre leales, y de calurosas apologías por parte de otros. Pero lo que ya hoy día no niega casi nadie, y conceden

generalmente áun las personas desafectas á los jesuitas, es que el siglo de los tres generales españoles fué el siglo de oro de la Compañía de Jesus. Por esta razon hubiéramos deseado poder incluir en este tomo la interesante *Vida de San Francisco de Borja*, escrita por RIVADENEIRA, con que se cierra aquel brillante periodo; mas no fuera posible darle cabida aquí sin sacrificar algun otro tratado no ménos importante y de carácter doctrinal, cuya omision sería muy sensible á nuestros suscritores, mucho más cuando ya tienen la aplaudida é importante biografía de san Ignacio y la interesante y poco conocida de Diego Lainez.

Por otra parte, las biografías de san Francisco de Borja abundan, y áun la misma del padre Cienfuegos es tan interesante, ó más, que la de RIVADENEIRA, siquiera el estilo sencillo y castizo de éste sea superior al de aquel, algun tanto hinchado y que se resiente de la época pretenciosa y exageradora en que fué escrita.

Tales son las razones por que se da cabida en este tomo á la *Vida de Lainez*, y las que nos obligan á omitir las de Salmeron y san Francisco de Borja, aunque con harto sentimiento nuestro.

El fin religioso y moral que el autor se propuso al escribir estas biografías, y las que con dolor se omiten, lo dice él mismo. Quería que las vidas de estos padres y fundadores fuesen un modelo que tuvieran siempre á la vista los que se afiliaran en la Compañía.

VIDA

DEL

PADRE MAESTRO DIEGO LAINEZ,

QUE FUÉ UNO DE LOS COMPAÑEROS DEL BEATÍSIMO PADRE MAESTRO IGNACIO DE LOYOLA
EN FUNDAR LA COMPAÑÍA DE JESUS, Y EL SEGUNDO PREPÓSITO GENERAL DELLA;

ESCRITA

POR EL PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA,

DE LA MISMA COMPAÑÍA.

A LOS CARÍSIMOS PADRES Y HERMANOS EN CRISTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Habiendo escrito en el libro pasado la vida de nuestro bienaventurado padre Ignacio de Loyola, fundador y primer prepósito general desta nuestra Compañía de Jesus, y habiéndose della seguido (por la misericordia del Señor) mucho consuelo y edificacion en los que la han leído, me ha parecido escribir tambien la *Vida del padre maestro Diego Lainez*, que fué uno de los primeros compañeros y el primer sucesor de nuestro beatísimo padre Ignacio en el cargo de prepósito general; el cual, mirando aquel primer dechado de su padre y maestro, procuró imitarle de tal manera, que sacó uno como traslado perfetísimo y un vivo retrato de su maravillosa virtud y santidad. Heme movido á esto principalmente por cumplir con la obediencia de nuestro muy reverendo padre Claudio Aquaviva, prepósito general, que me ha mandado la escriba, y tambien por pagar con este mi pequeño trabajo lo mucho que debo á la dulce y santa memoria del padre maestro Lainez, que, por haber sido padre mio muy entrañable y muy particular, tuve con él estrechísima comunicacion en muchas partes, y de sus ejemplos, consejos y coloquios se pudo mi alma mucho aprovechar. Asimismo por parecerme que nos será gran motivo para la perfeccion y todo género de virtudes el saber las que tuvo este siervo del Señor, que fueron muchas y muy esclarecidas; porque, aunque es verdad que sola la vida de nuestro padre Ignacio basta para inflamarnos en el amor divino y para incitarnos al menosprecio de todas las cosas perecederas, y nosotros tenemos tanta obligacion de imitarle, todavia crecerá más esta nuestra obligacion, cuanto más fueren los ejemplos é incentivos que tuiéremos para ello. Especialmente que como Dios nuestro Señor escogió á nuestro beatísimo Ignacio por capitan y caudillo desta su sagrada milicia, y por patriarca de tantos hijos que en ella habia de haber, enriquecióle de virtudes tan heroicas y llevóle por caminos tan dificultosos y ásperos, que no todos le pueden seguir en todo, sino que hay algunas cosas en su vida (como en las de muchos santos) más admirables que imitables. Pero la vida del padre maestro Lainez, así como fué toda de un obrero perfeto y excelente de nuestra Compañía, así me parece que toda se puede imitar, tomándole todos por guía y maestro. Aquí verán los estudiantes de la Compañía el blanco que han de tener en sus estudios, y el ánimo con que los han de emprender, y el cuidado con que los han de seguir, y la perseverancia con que los han de llevar al cabo, para gloria del Señor. Aquí aprenderán los grandes letrados á no dejarse llevar de nuevas y peregrinas dotrinas, ni desvanecerse con la opinion

y vano aplauso del mundo, sino buscar la verdadera sabiduría, que enseña á juntar la humildad con la doctrina, el menosprecio que ellos han de tener de sí con la estima que otros tienen de ellos, y de hacer ménos caso de la ciencia, que hincha (como dice el Apóstol), que no de la caridad, que edifica; á la cual, como á fin y remate de la ley evangélica, todas las demas cosas que á ella se enderezan han de servir, y el entendimiento á la voluntad, como paje de hacha, dándole conocimiento y luz, y despertando y avivando en ella, con sus rayos y resplandores, nuevos ardores y encendimientos de amor celestial. Los obreros y ministros de Dios que en esta granjería tan copiosa y rica de ganar almas se ocupan, aprenderán el celo que han de tener de la honra de Dios, y la sed y ansia del bien de los prójimos, y los medios que para empresa tan gloriosa se han de tomar, y la fuerza con que se han de ejecutar; sin que sea parte para desviarlos della trabajo ni regalo, promesas ni amenazas, esperanzas ni vanos temores del mundo. Los superiores de la Compañía, poniendo delante de sus ojos este espejo, procurarán de ser (como lo son) verdaderamente padres, y de tenerse por siervos de todos sus súbditos, y de mezclar la suavidad con el celo de la observancia y religion, de tal manera, que ni la blandura sea floja, ni la severidad rigurosa, y que en la una y en la otra se eche de ver la caridad paternal; la cual, cuando halaga, es blanda, y cuando castiga, es fuerte, y siempre es amorosa y dulce para con sus hijos. Finalmente, todos podremos aprender en esta *Vida del padre maestro Lainez*, como cifradas y sumadas todas las virtudes que en ella resplandecen en grado muy subido y de muchos quilates. Aquí hallaremos ejemplo de hallar á Dios nuestro Señor en todas las cosas, el cuidado de la oracion, el espíritu cierto y seguro de la verdadera mortificacion, el amor de la santa pobreza, el menosprecio de todas las cosas del siglo, la mansedumbre con los hermanos, la afabilidad y recogimiento disfrazado y encubierto con los de fuera, y el hacerse todo á todos (como lo hacia el Apóstol), para ganar todos á Dios, al cual suplico que nos tenga á todos de su mano y nos dé su gracia para que imitemos á estos gloriosos padres nuestros, y seamos verdaderos hijos de la Compañía de Jesus en la santidad de vida que ella profesa, como lo somos en el apellido y renombre.

De los primeros padres y compañeros de nuestro bienaventurado padre, que murieron siendo el padre maestro Lainez general, y de algunos otros que fueron martirizados y derramaron su sangre por Cristo nuestro Redentor: de los colegios que se fundaron y de las provincias que se instituyeron, y de algunas otras cosas memorables que sucedieron en su tiempo, haremos aquí alguna mención, como la hicimos en la *Vida* que escribimos de nuestro padre Ignacio, y la hacemos en la del padre Francisco de Borja, tercero preposito general, para que el piadoso y benigno lector pueda comprehender el progreso y discurso de la Compañía en el tiempo que la gobernaron estos bienaventurados padres, dejando las demas cosas que han acaecido en ella, y son muchas y muy ilustres, al que con mayor caudal de ingenio y estilo hubiere de escribir cumplidamente la historia de la Compañía.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DEL PADRE MAESTRO DIEGO LAINEZ,

SEGUNDO PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del nacimiento y primeros estudios del padre maestro Lainez, y cómo se juntó con el beatísimo padre Ignacio.

Al tiempo que nuestro padre maestro Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus y su primer preposito general, murió en Roma, el padre maestro Diego Lainez, que á la sazón era provincial de la misma Compañía en Italia, estaba enfermo en la misma ciudad, y casi desahuciado de los médicos; al cual, el día siguiente despues de la muerte de nuestro beatísimo padre Ignacio, todos los profesos de la Compañía que allí se hallaron, le nombraron por vicario general; pareciéndoles que si moria, podian elegir otro, y que si vivia (cómo esperaban en nuestro Señor), era el que más convenia para el buen gobierno de la Compañía. La vida deste excelente varon, que fué sucesor de nuestro padre Ignacio, y el segundo preposito general, y que tanto ilustró y adelantó esta Compañía con su santa vida y esclarecida doctrina, y suave y maravilloso gobierno, quiero yo aquí escribir (aunque con brevedad), comenzando por su principio y origen.

Nació el padre Diego Lainez en la villa de Almazan, que es en el reino de Castilla, el año de mil y quinientos y doce; su padre se llamó Juan Lainez, y su madre Isabel Gomez de Leon, personas ricas, honradas y cuerdas, y por extremo inclinadas á piedad, y como tales, criaron á sus hijos en amor y temor del Señor. En una carta que el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, despues que volvió la primera vez de España, escribió al padre Fabro el padre Lainez, hablando de sus padres, le dice estas palabras: «Yo les quedo muy obligado por la tan humilde y amorosa audiencia y obediencia que me dieron en todo quanto yo me pude acordar serles necesario ó conveniente para su salud espiritual y descanso de sus benditas almas, las cuales nunca podré olvidar hasta la vista, en la cual esperamos.» Yendo una vez su

madre (poco despues que parió al padre Lainez) á holgarse con sus padres, de Almazan á Sigüenza, y llevándole consigo, al pasar de un arroyo, que iba muy crecido, tropezó la cabalgadura del ama que le llevaba en los brazos, y cayósele el niño, y yéndose agua bajo, un tío suyo, que iba allí, dió de espuelas al caballo, y asiendo de las ataduras de las fajas, le sacó y libró de aquel peligro, y le entregó á su madre, que estaba más muerta que viva, por la desgracia que le habia acontecido; y juzgando que el Señor se lo habia dado de nuevo, y sacándole, como á Moisés, de las aguas, le crió áun con mayor recato y cuidado que ántes, en toda virtud.

Pasados los primeros años de su niñez, luégo dió muestras de vivo ingenio y de blanda condición y modestia singular. Aprendió la gramática y las primeras letras en Soria y en Sigüenza con mucha diligencia, y despues de haberse fundado bien en ellas, vino á la universidad de Alcalá para aprender las otras ciencias mayores. Comenzó en Alcalá el curso de las artes liberales, y dióse tan buena maña en él, que dejaba atras á todos sus condiscipulos, y con la agudeza y grandeza de su ingenio, y la fuerza y eficacia de sus argumentos, y buena gracia y claridad en el disputar, se señalaba mucho entre todos, y no ménos en la modestia y suavísima condición que tenía. Acabado el curso de las artes, tomó la borla de maestro con grande loa y admiración; porque, tratándose del lugar que le habian de dar en sus licencias, nunca quiso tomar terceros ni rogadores, ni que ninguno hablase por él, ántes él mismo se fué á los examinadores, y con pocas, llanas y humildes palabras les rogó que hiciesen su oficio justamente, como dellos se esperaba, y que á él no le diesen ni mejor ni peor lugar que merecia. Respondió de tal manera, y dió tan buena cuenta de sí, que á juicio de todos los desapasionados, merecia el primer lugar. Tambien dió muestras de su modestia en otra cosa. Suelen los nuevos maestros, para dar gracias del grado que han recebido, hacer una ora-